

**"SIN CENSURA...
MIGUEL ÁNGEL
GRANADOS CHAPA".
CRÓNICA BIOGRÁFICA.**

JOEL AGUIRRE ANTONIO

CAPÍTULO I

ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA: NIÑEZ, ADOLESCENCIA Y JUVENTUD

Muy raudo a veces, harto despacio otras. Recuerda, ahora, mira hacia la pared, al infinito, a la nada. Preciso, puntual, Miguel Ángel Granados Chapa, siempre vestido con trajes en color oscuro, sean ya grises, azules o negros, lo encontramos rodeado de los artilugios de su moderna oficina en Constituyentes. Durante nuestro encuentro se asoma a su pasado, a fragmento de su historia, misma que cuenta sin inhibiciones, sin censura.

1.1. LAS PRIMERAS CORRERÍAS

La sociedad mundial se estremecía de miedo y horror. Dos años después de arrancada la década de los cuarenta, la Segunda Guerra Mundial se encontraba en su apogeo. Los países del Eje, Alemania, Italia y Japón comenzaban a resentir las consecuencias de enfrentarse a Estados Unidos, la Unión Soviética y sus países aliados, entre ellos, México.

10 de marzo de 1942. En México también la inestabilidad causa estragos en todos los sectores. El presidente Manuel

Ávila Camacho se entrevista con los miembros del Comité de Huelga del Instituto Politécnico Nacional y promete darle una solución al problema que de tiempo atrás los aqueja: un ineficiente plan de estudios para la preparación de los futuros profesionales y diversas necesidades que en el plantel se presentan, hecho que concluyó en un conflicto estudiantil, como lo calificaron los diarios. Ejemplificando pugnas, el Sindicato de Trabajadores Petroleros suspende labores en las oficinas generales de Pemex, debido a la lentitud con que se lleva a cabo la revisión de los contratos colectivos.

En provincia, alguna persona que entre sus lujos de casa cuenta con un radiorreceptor, encuentra en éste una nueva opción de noticiarios y la entrada al mundo de la música clásica con la Novena Sinfonía de Beethoven, que transmitió la XEOY, Radio Mil, desde la ciudad de México, con motivo de su nacimiento.

A 70 kilómetros de ahí, en la Morelos de Pachuca, Hidalgo, una mujer ve en la enseñanza y en la costura la única posibilidad de sacar adelante a Elvecia, Horacio y a Emelia, sus tres hijos, a consecuencia de las estrecheces que sufre al no contar con el apoyo económico del padre. En ese ambiente, Florinda Chapa Díaz da a luz a su cuarto y penúltimo hijo: Miguel Ángel Granados Chapa.

Precedido de su hermano Armando, Miguel Ángel Granados Chapa nace en el seno de una familia legalmente no constituida. Su padre, el agricultor Dionisio Granados Mendoza, no estaba casado con su madre y, por lo tanto, no

vivía con ellos. De ahí la relación inexistente entre hijo y padre. A pesar de esto, la falta de la mano fuerte no fue impedimento para que Miguel Ángel creciera en un ambiente de buena educación.

Con la diestra en la boca, acariciándose la barba, Miguel Ángel Granados Chapa, habla de sus abuelos: "Sólo conocí a mis abuelos maternos; Ponciano Chapa y María de los Angeles Díaz. Él zapatero remendón, y ella, comerciante. De mis abuelos paternos sé que se llamaban Leopoldo Granados y Juana Mendoza, pero nada más".

Miguel Ángel vivió su niñez en una casa de vecindad con cuatro habitaciones. Una era ocupada por los mesabancos en donde su madre recibía a sus alumnos y por la máquina de coser. La segunda, una enorme habitación que hacia las veces de cocina mediante un bracero de carbón, también se improvisaba como cuarto de baño. Por último, contaba con dos recámaras. En la vivienda existían dos accesos, uno que daba a la calle, al jardín principal de la colonia y, el otro, al patio de la vecindad donde se encontraban los sanitarios y los lavaderos. En un barrio ubicado a las orillas de la ciudad, al pie del cerro de San Cristóbal, sin pavimentar, con drenaje a cielo abierto, Miguel Ángel se desenvuelve, dada la época, en un ambiente sin problemas de inseguridad, sociales y libre. Salvo aquellas ocasiones en que su madre, gozando de cierto status por ser maestra, actuaba como árbitro para tranquilizar a sus vecinos cuando protagonizaban alguna rifa.

Pese a las limitaciones económicas, Miguel Ángel

disfrutó al máximo su niñez. Montado en una bicicleta que alquilaba con su domingo y comiendo dulces, en su feliz infancia era el único de la familia que recibía dinero para ir al cine. *Café de chinos*, *De la marimba al son*, *Cuentos del tío Reno y Bongo* -las dos últimas de Walt Disney-, fueron las primeras películas que vio. Travieso como cualquier niño de ocho años, le gustaba transnochar en la calle jugando fútbol, carreras y beisbol. Una de sus diversiones favoritas era subir al cerro de San Cristóbal que en algunas de sus porciones tenía jagüeyes, donde sus amigos y hermanos aprendieron a nadar. "Por miedo al agua, o al agua fría -señala el periodista-, yo nunca aprendí a nadar y las albercas públicas y los jagüeyes eran algunos de mis temores".

De esta época, Granados Chapa recuerda una anécdota que lo angustió: "Me asusté muchísimo porque por descuido y distraído perdí un giro de cincuenta pesos. Gilberto, uno de mis tíos, fue a trabajar a Estados Unidos, envió dinero a mi abuela y ella me mandó a cobrarlo. Yo tenía ocho años y era un irresponsable. Antes de ir a cambiarlo me fui a jugar beisbol y en el ir y venir del juego lo perdí. Fue un drama porque era mucho dinero. Afortunadamente no fue pagado, pero mientras se aclaró la situación me la pasé muy mal. Me regañaron".

Dofia Florinda, persona muy desvalida que se refugiaba en la religión -que no en el clero- para tener apoyo emocional, pidió a su hermana Imelda Chapa y su esposo Feliciano Gómez que bautizaran a Miguel Ángel. Después, unos

amigos de su familia, Guillermo Vilchis y Conchita Bernal, lo llevaron a la confirmación.

Sin tener enteramente el gusto por admirar a héroes ficticios, Miguel Ángel se maravillaba con Carmen Alvarado, su maestra de cuarto y quinto año. En ese entonces se acostumbraba que para las ceremonias religiosas, quienes apadrinaran a los niños fueran miembros de la familia; sólo había que escoger a alguno de los tíos.

Granados Chapa, se quita los lentes, se talla los ojos, se le enrojecen, rememora: "A los ocho años yo decidí que no sería amadrinado en mi primera comunión por nadie que no fuera Carmen Alvarado. Era una persona muy cálida, apapachadora, me quería mucho. Nosotros éramos católicos convencionales, íbamos regularmente a misa los domingos, pero más bien como un acto mecánico".

Por otro lado, sus deseos infantiles quedaron ahogados en *La Argentina*, una tienda de abarrotes. "Tenía deseos muy bobos, como corresponde a un chico de mi edad. En la parte alta de la tienda, empolvados porque yo creo que nadie los compraba, se hallaban los jugos *Vitauva* que nunca pude probar. También deseaba la sidra, señal de fiesta navideña, pero tampoco estaba a mi alcance". Estos antojos fueron sustituidos por refrescos embotellados. Únicamente se servían en la mesa cuando su padre los visitaba.

En ese ambiente, su familia pensó que él sería abogado. Puesto que su madre trabajaba mucho, toda la familia tenía labores domésticas asignadas. Miguel Ángel era un niño perezoso y tramposo: "Yo eludía mis obligaciones -sentencia-

basándome en el hecho de que en la Constitución Política dice que a nadie se le puede forzar a realizar un trabajo, norma que posiblemente aprendí en la escuela. Si alguna vez concebí en lo que sería yo de mayor, pensé que sería abogado, pero yo más bien creo porque lo oía a mi alrededor".

Miguel Ángel fue un niño querido, ejemplo de ello es cuando su abuela, para satisfacer su gusto por las zanahorias crudas, le compraba kilos exclusivamente para él. Su madre, con tal de que no se topara con un trozo de cebolla en la comida, la amarraba con un hilo y después de que soltara el sabor la sacaba. "Tuve la fortuna de ser muy querido por mis hermanos -afirma el columnista- y por mi madre. Sería una impertinencia decir que fui el consentido, pero sí viví rodeado por el afecto y atención de mi familia".

A falta de fiestas particulares en su barrio -a él regularmente no le celebraban su cumpleaños-, Miguel Ángel asistía con sus amigos a una especie de fiesta de pueblo que se festejaba los 30 de septiembre con motivo del aniversario del nacimiento de José María Morelos y Pavón, a las afueras de su escuela, en el jardín principal. Por la mañana se organizaba una ceremonia cívica en honor de Morelos y por la tarde había diversión con palo encebado, carreras de caballos, baile y demás. Pero la fiesta que más le gustaba era la posada para todos los niños que año con año organizaba la familia Barquín, una de las más acaudaladas de la colonia. Sin necesidad de invitación, nada más tenían que

averiguar cuándo iba a ser la posada e ir a romper piñatas y disfrutar del sabroso ponche.

Una pistola y un boliche con muñequitos y pelotas de madera, eran para Miguel Ángel, regalo de los Reyes Magos, en quienes pronto dejó de creer. Tomando un poco de agua, prendido de sus pensamientos, Granados Chapa, recuerda: "En la calle, por decirlo así, se pierde rápidamente la inocencia, de modo que pronto dejé de creer en Los Reyes Magos. Además veía las dificultades de mi madre para traer regalos. Y un día al acercarse un cinco de enero, ví a mi hermano Horacio haciendo unas máscaras de luchador con trozos de tela que a mi madre le sobraron, las vendió y nos compró los regalos".

A excepción de algunos catarros y ronqueras, y su extremada delgadez, Miguel Ángel fue en general un niño sano. La primaria la hizo en la escuela Teodomiro Manzano, donde, debido a que su madre le había enseñado a leer y a escribir, no tuvo la necesidad de cursar el primer grado, lo cual lo distinguió mucho, pero también fue un problema: "Al hacer la maestra los dictados y decir coma, yo no conocía el signo de puntuación y escribía las cuatro letras, y al leer lo que había escrito, pensaba que la maestra estaba loca porque el texto se interrumpía con la palabra coma". De este grupo Guadalupe Mejía es la maestra, a quien evoca Granados Chapa: "Era mala persona, nos maltrataba muchísimo, supongo que tenía problemas emocionales porque era muy agresiva. Por miedo a ella, a veces se me dificultaba ir a la escuela". La maestra acostumbraba tener objetos en su mesa, yoyos,

trompos o gomas de pedal de bicicleta y se los arrojaba a quien veía distraído o a quien quería llamarle la atención.

Carmen Alvarado y María García -esta última, maestra de sexto grado-, son las que recuerda con más cariño. Profesoras que inducían a la lectura y que cuando notaban un interés mayor de algún niño por ciertos temas, le prestaban libros adicionales. De historia y geografía, facilitaron libros a Miguel Ángel para favorecerlo en su desarrollo.

Siempre haciendo inocentes travesuras, cursó la primaria con sus inseparables amigos, Arturo Lozano, Carlos Chi, Jorge Rodríguez, Carlos Oliver, Luis González y Susana Vergara, su amor platónico. Una ocasión hizo una travesura que le mereció felicitaciones. Le habían dejado de tarea hacer una investigación sobre Morelos, el héroe local, y al día siguiente la maestra pidió a los alumnos escribir la biografía para comprobar que habían hecho la tarea. Miguel Ángel, perezoso como era, no escribió nada y molestaba a sus compañeros. La maestra se dio cuenta y lo cuestionó sobre si ya había hecho el trabajo, él contestó que sí, y la maestra, dándose cuenta de que Miguel Ángel mentía, le pidió leyera su escrito.

Granados Chapa sonríe, se acomoda los anteojos y recuerda: "Yo prolongué la mentira, tomé mi cuaderno, improvisé fingiendo que leía, pero se dio cuenta porque yo leía y leía y no le daba vuelta a la hoja. Eso alegró mucho a la maestra y me privilegió, le pareció más importante el ejercicio de improvisación que el incumplimiento".

Sus máximas satisfacciones fueron escolares. Dado que

aprendía y aprehendía rápidamente, era seleccionado continuamente para decir palabras en público, recitar, dirigir ceremonias cívicas, etc. Sus calificaciones fueron siempre de las más altas, y a falta de reconocimientos y diplomas que entonces no se acostumbraban, era elegido para formar parte de la delegación que iba a la casa de un importante profesor de Geografía e Historia, Teodomiro Manzano -de ahí el nombre de la escuela- a festejarle su cumpleaños, donde le recitaban o le cantaban. Miguel Ángel vivió ahí los momentos más gratos de su primaria, dado que el profesor los retribuía con vales mexicanos o música clásica que su hija interpretaba al piano, y con una copita de rompopo y galletas.

Casi siempre escribió los discursos para hablar en nombre de la escuela. A pesar de su excelencia académica, Miguel Ángel recuerda haber sido un niño descuidado. Usando el tintero, tiraba la tinta, le desagradaba su letra, no tenía los apuntes en limpio, y eso lo molestaba.

Desde niño se interesó por la política. Sus primeros contactos los tuvo al leer para su padre *La Prensa* y *Novedades*, y el *Sol de Hidalgo* para su abuelo, complementado con la escucha de las noticias. En 1952, en la campaña presidencial del general Henríquez -el principal opositor de Adolfo Ruiz Cortines-, a la cual se asomó, vio unos volantes que repartieron donde Ruiz Cortines entregaba la república en manos a un marino norteamericano.

Manteniendo su tono de voz, Granados Chapa, afirma: "Ver el mensaje de los volantes me indignó, creí que así era.

Cómo puede ser, mira lo que él hizo, cómo se puede votar por estos tipos, le dije a mi padre".

Su padre era acarreado para actos priistas.

La radio fue parte decisiva para el desarrollo de Miguel Ángel. A pesar de su corta edad, tenía establecido que al llegar a cierta hora del día, dejaba a sus compañeros de juego para meterse a su casa a escuchar radio. Había cuatro programas que le gustaban: la música de Los Panchos, Los Tres Diamantes y María Luisa Landín; las noticias que decía don Luis Ignacio Santibáñez; las transmisiones de los toros y los partidos de beisbol que describía el Mago Septién; y los radioteatros, donde se interesaba por las aventuras de Carlos Lacroix y La Sombra. Por otra parte, y sin ser indispensable, la radio era el único lujo de su familia.

Por aquella época empezó la televisión en México. El primer lugar de Pachuca donde hubo fue en el Sindicato de Trabajadores de Nixtamal, que improvisó su salón de asambleas con vigas sobre ladrillos para formar asientos. Ahí fue donde Miguel Ángel conoció la televisión. Uno de los primeros programas que disfrutó fue la lucha libre, con el furor de Tarzán López, el Cavernario Galindo, Blue Demon, Black Shadow y El Santo.

En la colonia donde vivía Miguel Ángel, dos de las familias más opulentas, los Barquín y los Márquez, compraron televisión y cobraban 15 centavos por entrar a verla.

Sonriendo, con las manos en constante movimiento, Granados Chapa, rememora: "Era muy chistoso porque íbamos

Horacio, Emelia y yo, y como mi madre era muy apreciada en la comunidad, tocábamos a la puerta de la familia Márquez y le decíamos a la sirvienta que si podíamos entrar los tres por 20 centavos, entonces se producían diálogos a gritos: -'Qué si pueden entrar tres por veinte centavos', gritaba la sirvienta, -'¿quiénes son?', -'los hijos de la profesora', -'que pasen', y pasábamos. Lo que veíamos eran programas de entretenimiento".

En 1953, murió Stalin. Miguel Ángel había escuchado la noticia por la mañana, antes de irse a la escuela, y a su regreso la confirmó: "Escuché nuevamente la noticia por la tarde, estaba sacudido por la impresión. Seguramente yo no entendía muy bien quién era Stalin, pero sabía que era alguien muy importante". Miguel Ángel entonces cursaba el sexto grado. En la peluquería del barrio de donde era cliente, ya había conocido la revista *Vea* que contenía tintes pornográficos, misma que veía con interés pero con naturalidad. Contaba ya con 11 años, su época de niñez estaba por llegar al ocaso.

1.2. DE PINTA CON LOS MUERTOS

En Pachuca hay 50 mil habitantes en los años cincuenta. Era una ciudad pequeña que sufría por el suministro del agua. Algunos días los pobladores amanecían demacrados porque, " echaron el agua", como se decía en lenguaje local, y habían tenido que levantarse a media noche a entambar el vital líquido. La ciudad cuenta entonces con cuatro líneas de autobuses locales, tres con corridas a la ciudad de México, y el ferrocarril. Existían pocas líneas telefónicas y contados coches de sitio, los ciudadanos tenían que telefonearles para que los asistieran, puesto que no había taxis ruleteros.

La principal ocupación de los varones de la ciudad era la de minero. Entonces, el Seguro Social todavía no llegaba a Pachuca pero existía una clínica minera, exclusiva para ellos. Había además, un hospital civil, un estadio municipal y un estadio de fútbol. En esa época, la sociedad de Pachuca se caracterizaba por ser una población visiblemente estratificada: existían tres iglesias, cines, mercados y escuelas, una para cada tipo de personas, según su clase.

Una de las tradiciones de la ciudad, era la feria que se organizaba alrededor de la iglesia de San Francisco, la principal de Pachuca. Era una fiesta popular donde había juegos mecánicos, puestos de comida y diversión. En la colonia donde vivía Miguel Ángel Granados Chapa, se hacía una celebración singular el último día del año: los vecinos, en el Cerro de Cúbitos, hacían fogatas formando la leyenda

"Feliz Año Nuevo". Era el regalo de ese barrio al resto de la ciudad.

Miguel Ángel entró a la secundaria por insistencia. Las posibilidades económicas de su familia sólo le permitían estudiar la carrera de contador privado en una academia comercial, misma que se hacía en tres años. Al respecto, el periodista afirma: "Era lo más que se preveía que yo podía estudiar. En la ventanilla de la academia, insistí y convencí a mi madre de que no me inscribiera".

De este modo, Miguel Ángel cursó la secundaria en la Escuela de Enseñanzas Especiales tipo A, número 15, colegio prevocacional perteneciente al Instituto Politécnico Nacional. Una escuela para muchachos de tercera clase. En consecuencia, recuerda lo que un día en clase les dijera José Ibarra Olivares, su maestro de Español: "Era un hombre que se las daba de aristócrata, andaba siempre correctamente vestido, y cuando nos hacía preguntas sobre gramática y alguno de nosotros vacilaba en contestar, él nos decía: 'No importa, no importa, ustedes van a ser torneros, no tienen que hablar bien el español'. Nos decía así por el tipo de escuela a la que asistíamos".

Miguel Ángel era perseverante. Siguió siendo buen estudiante como en sus años de primaria y obtuvo el primer lugar en sus tres años de secundaria. Sin embargo se volvió más travieso. Acompañado de sus amigos Gilberto Rodríguez, Luis Manuel Ángeles, Arturo Lozano y Luis González, evoca una de sus travesuras: "Hacíamos cosas groseras como escupir de un piso alto a uno bajo. Un día mi escupitajo cayó en la

cabeza del profesor de matemáticas y huí aterrorizado pensando que me iban a sancionar. El profesor no lo tomó a mal, no le gustó por supuesto, pero no hizo escándalo de eso. Comprendió que eran travesuras infantiles". Otra de sus hazañas consistía en irse de pinta con sus amigos al anfiteatro de la ciudad a ver los cadáveres o al estadio municipal a jugar frontón.

Por iniciativa propia Miguel Ángel acostumbraba ir a la biblioteca pública de Pachuca. Interesado por la literatura, leyó "Manhattan transfer" de John Dos Passos, además de "Don Quijote de la Mancha", de Miguel de Cervantes Saavedra y "El cantar del Mío Cid".

Por otro lado, también le gustaba participar cantando en los grupos de música que sus amigos formaban: "Yo tengo muy mal oído musical -señala-, pero mis amigos que tocaban la guitarra me admitían en su grupo porque me sabía las canciones, no las sabía cantar y además no tenía buena entonación, pero me admitían porque conocía las letras".

Con su amigo Luis Manuel Ángeles descubrió la música clásica. Luis consiguió un disco con la Polonesa de Chopin, y como trabajaba en un restaurante operando una sinfonola, lo escuchaban ahí sin necesidad de ponerle monedas. Por otra parte, procuraban asistir a los conciertos que ocasionalmente había en Pachuca. Se presentaba la banda del estado, que era un conjunto musical que no tenía cuerdas, sólo alientos y metales.

Para divertirse, Miguel Ángel asistía a la arena de lucha libre, a vivir el furor de los luchadores de antaño.

Además, ahí mismo -entonces no había teatro- se efectuaban funciones de variedades, como el show de las Dolly Sisters: "Eran un par de bailarinas desnudistas y yo me entusiasmaba mucho viendo sus cotoneos, eran mujeres muy exuberantes".

Entre otras de las gratas diversiones de Miguel Ángel, se encontraban las de ir al cine y a bailar. *Casablanca*, y *Nobleza obligada* fueron de sus películas preferidas, entre tantas norteamericanas, de aventuras, musicales e históricas que vio. En los bailes, del cha-cha-chá, el bugui-bugui, el mambo y el danzón, disfrutaba sus sabrosos ritmos: "Me gustaba ir a los bailes aunque bailara mal. Nunca fui buen bailarín, y en aquella época, eso contaba mucho en la relación con las muchachas. A ellas me gustaba buscarlas, tenerlas cerca, seguramente me sentía bien cuando tenía alguna respuesta afirmativa".

Su primer novia fue una muchacha de la secundaria que iba un grado atrás, llamada Nereida. Sonriente, Granados Chapa la recuerda: "Yo me sentí muy audaz cuando la tomé de la mano por primera vez. En general las mujeres son más avisgadas que los hombres, sobre todo en esta edad, y ella me dijo: 'hasta parecemos hermanos'".

No tuvo vicios en esa época. "No fui bebedor. Por alguna razón, he tenido siempre un sentido del ridículo, y veía yo de mis compañeros sus excesos incontrolables, se quedaban dormidos en la calle o vomitaban y a mí me disgustaba imaginarme haciendo eso". Al contrario, Miguel Ángel cuidaba a sus compañeros cuando se embriagaban.

Aparte del frontón, basquetbol, futbol y beisbol,

practicaba atletismo. Era un corredor de mil quinientos y tres mil metros. En Pachuca se celebraba, el 11 de julio, Día del Minero, una carrera nocturna de cinco mil quinientos metros llamada *Vuelta a Pachuca*: "Era una carrera de antorchas y participé dos veces. Yo creo haber llegado en el lugar número 100, era yo un corredor de medio fondo, pero practicaba el atletismo. Que junto con el basquetbol, fueron los deportes en que me desempeñé formalmente como miembro de equipo. Los demás los jugaba cascareando, en llano".

Durante las vacaciones, Miguel Ángel trabajaba en una imprenta y después en un taller de fundición. El dinero que obtenía lo entregaba íntegro a su madre. En casa, además de sus tareas escolares, sus obligaciones domésticas se concentraban en barrer el patio y hacer las compras. En sus ratos libres, acostumbraba leer los periódicos que su tío seguía comprando, *El Sol de Hidalgo* y *Novedades*, y la revista *México al Día*. En ese entonces, aunque carecía de criterio para opinar sobre el contenido de las publicaciones que leía, sí pudo darse cuenta de la calidad de algunas revistas, como a continuación lo reconoce: "Había un semanario que se llamaba *Hidalgo Gráfico*, del cual tenía yo conciencia de que era notoriamente malo, estaba mal impreso, torpemente redactado, hasta un muchacho como yo, podía darse cuenta de que era un mal semanario". Ocasionalmente, en el taller de fundición donde trabajó, leía la revista *Impacto*, "simplemente porque estaba allí", recuerda.

Pachuca contaba con una estación de radio, la XEQK. La gente podía visitarla y ahí Miguel Ángel conoció los discos

LP, y quedó impresionado. Ya conocía los medianos, pero los LP eran más grandes y le cabían más grabaciones. Recuerda que en esa estación, se organizaban concursos de aficionados donde su hermana Elvecia ganó uno declamando. El premio consistió en una enorme barra de jabón de *La Lavandera* que contenía doce jabones de tamaño normal y que recogieron en la fábrica. "También mi hermano Horacio participó -señala el comunicador-, él cantaba muy bien, pero le tocaron la campana porque en algún momento de la canción se le olvidó la letra. Era muy divertida la XEQK".

Miguel Ángel también escuchaba la XEW con los programas de antaño, aunque se interesaba más por las radionovelas, sobre todo las que tenían carácter político. Lo atraía además la música en inglés que se transmitía en el 790 Radioéxitos y la música clásica de la XELA.

En 1955, en Argentina, cayó el general Perón. Miguel Ángel siguió la noticia por medio de la radio. En el ámbito nacional, en 1956, vivió de cerca la huelga del Politécnico Nacional, donde su entonces director, Alejo Peralta, quiso poner orden en la institución debido a que allí se organizaba la protesta política contra él y contra el gobierno, puesto que entonces el Politécnico estaba bastante influenciado por el Partido Popular dirigido por Lombardo Toledano. En los medios se comentaba también que en la institución existía demasiada corrupción porque había un considerable número de personas que no eran estudiantes y que vivían en su internado como en una casa de huéspedes. Al respecto, Granados Chapa, sentencia: "Hubo una huelga muy

violenta y yo la viví en carne propia debido a que la prevocacional a la que asistía pertenecía al Politécnico, de modo que nosotros tuvimos una huelga también. En la secundaria nos fue mucho mejor, cerramos quizá una semana la escuela, nos hicieron salir por la ventana y los más aguerridos se quedaron dentro del plantel, pero en la institución mayor estuvo más brutal la situación. Las represiones del entonces director, fueron el motivo de la huelga".

Por razón de esa huelga, Miguel Ángel se formó un concepto negativo de Adolfo Ruiz Cortines, entonces presidente de la república. Su opinión era auspiciada por los comentarios que hacía el director de su secundaria, un profesor que también era líder del SNTE y miembro del Partido Popular. "Mis opiniones eran muy tenues e informales en ese entonces -dice-, yo no podía contrastarlas casi con nadie".

Cursaba ya el tercer grado de secundaria cuando su amigo Gilberto Rodríguez andaba con una desilusión amorosa y lo reprobó en varias materias. Miguel Ángel, solidario, en una trampa presentó la mayoría de los exámenes extraordinarios que a su amigo le correspondían. Al finalizar ese año, se hizo una ceremonia de premiación que no se acostumbraba por la clase social de la escuela, sin embargo, en aquella ocasión se estiló y a Miguel Ángel le otorgaron el primer lugar. Se trataba del mejor alumno de su generación.

Terminó la secundaria y sus posibilidades económicas no

le permitían encaminarse a estudiar una carrera profesional. Por tal motivo, estudió el primer año de vocacional mientras cumplía la edad necesaria para estudiar en el Colegio Militar. Al llegar el momento, se trasladó a la ciudad de México e hizo el rígido examen de admisión, donde de más de 200 aspirantes ocupó el quinto lugar de ingreso. Tenía ya asegurado techo, vestido y sustento, además de un futuro desahogado, porque su intención era terminar como subteniente y con un sueldo suficiente para sus expectativas familiares. Allí, en el Colegio Militar, se caracterizaba por salir frecuentemente los jueves por la tarde. Sus calificaciones le permitían estar en el cuadro de honor y las salidas eran su premio.

Duró seis meses y pidió su baja. Según el periodista, porque "me ajustó el ambiente militar. Había que acatar órdenes manifiestamente irracionales y eso contravenía a mis expectativas por un lado de lo que era esa carrera, y por otro, me di cuenta de que era un desperdicio de tiempo de ciertos intereses que yo ya había orientado hacia otro punto, por eso me fui del Colegio".

Por otro lado, iba cambiando también físicamente. Tenía ya 16 años y la barba, el bigote y el cambio de voz, se hicieron presentes. Comenzaba a vivir otra etapa de su vida.

1.3. ¿POLÍTICA?, PRESENTE

Después de su fulgurante estancia en el Colegio Militar, Miguel Ángel Granados Chapa regresó a Pachuca y en mayo de 1958, ingresó al Instituto Científico Literario Autónomo (ICLA) a hacer el bachillerato.

Para estudiar en el ICLA, convenció a su familia de que lo dejaran inscribirse allí y no de nuevo en la vocacional, porque por la naturaleza de la institución donde había hecho la secundaria estaba encaminado a estudiarla y terminar siendo ingeniero. Al respecto, Granados Chapa, sentencia: "Yo no quería ser ingeniero, además de que era inepto para las matemáticas y buscaba otros intereses. Por otro lado, inscribirme en el ICLA implicaba dos problemas: la escuela era de una clase social distinta a la mía y tenía que enfrentarme a cuestiones de ajuste propiamente, además de que me forzaría a irme de Pachuca después para seguir una carrera. Sin mucha dificultad, mi familia aceptó que estudiara allí".

En el ICLA comenzó a participar más directamente en la política. Por elección, primero como miembro del grupo de estudiantes y maestros que colaboraban en el gobierno de la escuela semejante a un consejo técnico, y después como miembro de la mesa directiva de la sociedad de alumnos, donde con su amigo Arturo Herrera inicia una tarea de difusión cultural organizando concursos de oratoria, conciertos, conferencias y exposiciones.

Orador en la ceremonia del cinco de mayo de 1959,

dedicada a la Batalla de Puebla, Granados Chapa recuerda que a la que asistía era una preparatoria *sui generis* porque los maestros no eran profesionales, sino que eran médicos o abogados que en sus ratos libres se dedicaban a dar clases. Su maestro de Historia de la Revolución Mexicana, por ejemplo, era dentista. De entre todos, a quien evoca con más importancia es a Pedro Espínola, su profesor de Literatura Universal, un médico que, siendo dueño de una librería, prestaba a Miguel Ángel los libros nuevos con la condición de que los leyera cuidadosamente y posteriormente los devolviera.

Extrovertido sólo cuando se trataba de exponer ideas, en general, fue tímido y de carácter reservado en su juventud. En lo que termina de imprimirse su columna *Plaza Pública* que acaba de escribir, Granados Chapa, rememora: "Llevé una vida moderada porque no aprendí a bailar bien y eso implicaba que no brillara socialmente. Yo más bien sobresalía escolarmente. Por otro lado, aunque no había problemas de drogadicción, sí existía el del alcoholismo, pero no recuerdo haberme embriagado nunca porque algo que determinaba mucho en esa circunstancia, era la escasez de medios económicos, yo no tenía dinero y eso me indisponía para las diversiones que concluían en la embriaguez". En ese tiempo se hace novio de la que después sería su esposa, Martha Isabel Salinas.

Viviendo el presente de frente, sin imaginar futuros positivos, en ese entonces sólo se preparaba para llegar a la universidad, su más importante propósito. Ya como el

Único deporte que practicaba, fue miembro de la selección de atletismo de la preparatoria para los campeonatos estatales. Aclara que no era muy eficaz, que nunca ganó una carrera pero que era perseverante. En lo que se refiere al beisbol, ya sólo lo veía con el furor de sus equipos favoritos, los Yanquis de Nueva York, en las ligas norteamericanas y los Diablos Rojos de México, en las ligas mexicanas.

Por aquella época, sus tres hermanos mayores comenzaron a trabajar. Horacio en una fábrica textil y Elvecia y Emelia como secretarias. De modo que la situación económica de su familia se aligeró y pudieron mudarse a su primer casa sola, donde tuvieron ya tocadiscos y estufa de gas, y dejaron de usar el bracero de carbón. Miguel Ángel, aprovechando que tuvo el taller de carpintería en la secundaria, le hizo un mueble al tocadiscos convirtiéndolo en consola, en donde los discos de músicaailable en inglés, tríos, cha-cha-chá y mambo, giraron y giraron infinidad de veces.

Siendo un católico superficial, Miguel Ángel tenía una opinión negativa respecto al clero. En un momento dado, el sacerdote de la parroquia vecina increpaba a los empleados de la fábrica textil donde trabajaba Horacio, a no estar en huelga porque dañaban la producción, sin reparar en si tenían razón los reclamos de los obreros o no. En esa parroquia siempre habían sido bienvenidos los dueños de la fábrica, pero los trabajadores no.

Pese a su opinión, por aquella época militó en la Acción Católica Mexicana. Apoyados por la Iglesia, un grupo formado por jóvenes activistas se dedicaban a la conscientización

como su principal función.

Los 24 de diciembre, la familia de Miguel Ángel asistía invitada a la celebración de Navidad a casa de la hermana de su madre, o a casa de la familia Luna, con quien tenían relación cercana. La cena consistía en tamales y ponche. Salvo ya adultos, los hermanos nunca celebraron la Navidad en su casa.

Algunos meses antes de que Miguel Ángel terminara el bachillerato, comenzó a reunirse los sábados con un grupo de estudiantes que, encabezados por su profesor de Sociología, Serafín Trovethan, indagaban en lo que querían ser en su futuro profesional. Miguel Ángel contó a su profesor la inquietud de ser periodista, y el maestro le prestó una guía de carreras universitarias. En ella conoció la descripción de periodismo y concluyó que se adaptaba perfectamente a sus deseos e intereses. Sin embargo, su madre se preocupó por tal decisión, como a continuación lo explica el columnista: "Periodismo era una carrera desconocida en nuestro ámbito. Lo más que se alcanzaba a percibir como una carrera cercana a los intereses de nuestra condición social era la abogacía. Mi madre me sugirió estudiar derecho y yo quería estudiar periodismo. No quise que ella decidiera mi vida, pero tampoco quise contrariarla y decidí estudiar simultáneamente las dos carreras".

En febrero de 1960, Miguel Ángel terminó la preparatoria. El día de la graduación en que recibiría su diploma de bachiller, murió Ponciano Chapa, su abuelo materno y Miguel Ángel no fue por sus documentos. Con voz baja, pausada,

Granados Chapa, asegura: "Fue una dificultad surgida de una circunstancia fortuita. Con mi abuelo mantuvimos muy estrecha relación y por el luto no fui a recoger mi diploma. Quizá debí haber ido, a lo mejor no impedía una cosa la otra. Fue una cierta contrariedad pero surgida de algo inevitable".

Ese mismo año, hubo por primera vez televisión en su casa, mas ya no la disfrutó porque se trasladó a vivir a la ciudad de México. El motivo, estudiar derecho y periodismo en la Universidad Nacional Autónoma de México.

En el DF, Clemente Carrillo Pinchetti, hijo de un próspero médico y profesor de la preparatoria donde Miguel Ángel había estudiado, le ofreció alojamiento en un departamento de la colonia Roma. Instalado en su nuevo hogar, ingresó a las facultades deseadas sin necesidad de presentar examen de admisión, puesto que, bajo la administración del rector Nabor Carrillo, todavía no se implantaba.

Bajo el tronco común de dos años que conducía a los cinco que duraban las carreras de ciencia política y administración pública, diplomacia, sociología y periodismo, Miguel Ángel llevaba como asignaturas más importantes: Historia de las Teorías Sociales, Económicas y Políticas, Historia del México Moderno, Estadística e Instrumentos de Investigación Documental.

A partir del tercer año, sus materias más trascendentes fueron Redacción Periodística I y II, la primera dedicada a los géneros informativos y la segunda a los de opinión.

Estos, los que más interesaban a Miguel Ángel. La enseñanza del periodismo era deficiente, porque, como lo explica Granados Chapa, "los maestros que enseñaban las materias periodísticas no eran periodistas. Era comprensible que eso ocurriera porque había pocos en el campo profesional con preparación académica, que fueran capaces de volver a la universidad a enseñar".

El primer curso lo recibió de Fedro Guillén, un escritor notable, mejor ser humano todavía, pero que no había sido reportero jamás, según dice Granados Chapa. "Básicamente -señala-, Fedro Guillén nos enseñaba a leer, pero no notas informativas o entrevistas, sino a autores como Vasconcelos, Pellicer y Alfonso Reyes. Por tal motivo uno tenía que vérselas por su cuenta para aprender redacción periodística".

Su grupo estaba conformado por siete alumnos. De entre ellos, Miguel Ángel era el único que sí quería ser periodista. Al respecto, el comunicador señala: "Recibíamos casi clases particulares. El más interesado en progresar era yo, de modo que por esa razón era notoria mi diferencia respecto de los demás, no tanto porque yo fuera el mejor".

Entre otros de sus profesores, tuvo a Henrique González Casanova como maestro de Redacción Periodística II. Aunque de igual manera, los enseñaba principalmente a leer, Granados Chapa confiesa que desde el principio tuvo mala relación gratis con él. Un tanto apenado, con los dedos cubriéndole parte de la boca, señala: "Nos antipatizamos desde el principio. Tuvimos siempre una relación tensa como

profesor y como alumno. El día del examen final nos dio cuatro temas para que escribiéramos un artículo de opinión, y yo, entre servicial y soberbio, escribí los cuatro en el mismo lapso en que mis compañeros escribieron uno. La semana siguiente que fuimos a recoger la calificación, me dijo que tenía cinco de calificación. Me enojé y salí del salón dando un portazo". Según, continúa narrando el columnista, se trataba de un castigo a su soberbia. En actas, tenía diez de calificación.

Mientras tanto, una de las principales características en derecho, es que nunca tuvo que entregar un trabajo escrito o un resumen. La enseñanza entonces consistía en que el profesor, generalmente autor del libro de texto base, lo repetía o lo leía en clase. Al contrario, en periodismo había una carga excesiva de trabajos escritos y lecturas. Esto lo demuestran las ocho horas diarias que Miguel Ángel dedicaba a realizar sus tareas.

Sus lecturas preferidas entonces, eran títulos como *El llano en llamas*, de Juan Rulfo; *La creación*, de Agustín Yáñez; *El rey viejo*, de Rodríguez; *El águila y la serpiente*, *La sombra del caudillo*, *Las muertes históricas* y *Las memorias de Pancho Villa*, de Martín Luis Guzmán. Además de sus infaltables textos de política y sociología.

Durante los dos primeros años, prácticamente no salía de Ciudad Universitaria. Por la mañana iba a derecho y por la tarde a periodismo, y en las horas intermedias se quedaba en la Biblioteca Central a estudiar o asistía a espectáculos que presentaba la universidad. Como distractores frecuentaba

el cine club de la Facultad de Ciencias, el de Filosofía y Letras y algunos teatros. Su grupo de amigos entonces estaba conformado en su mayoría por pachuqueños que también estudiaban en la UNAM, y que después se fue ampliando con nuevos compañeros. De entre ellos, recuerda a algunos amanerados, pero que no llamaban la atención: "Teníamos relaciones normales y nadie se burlaba de ellos. Eran notorios, pero no representaban un problema nisiquiera moral. No era necesaria una actitud especial para con ellos porque eran parte de una realidad que apreciábamos".

El movimiento más importante que se presentó en la época de universitario de Granados Chapa, fue el suscitado en 1961, cuando se gestó una huelga para impedir que el doctor Ignacio Chávez, sucesor de Nabor Carrillo, tomara posesión. Tiempo después de asumir la rectoría, Ignacio Chávez implantó el examen de admisión. Respecto de otras movilizaciones, como las que se realizaron en apoyo al aniversario de la Revolución Cubana o de protesta contra la represión gubernamental, Miguel Ángel permaneció al margen porque eran organizadas por grupos marxistas o por el Partido Comunista, con los que no simpatizaba.

En ese entonces, por barato leía el periódico *Novedades* y el *Excelsior*, "del cual me formé una clara opinión, -dice el columnista- como un diario muy manipulado por el gobierno de EU y el mexicano. Sobre todo el vespertino, era terriblemente anticomunista y groseramente reaccionario. Difamaba, yo lo percibía por las referencias a la

información universitaria, y deformaba en gran medida la información".

En *Ultimas Noticias*, lo atraía la columna *Banqueta*, de Renato Leduc y las entrevistas "Con sus propias palabras" de Fernando Revuelta en *Novedades*. En otros diarios leía también con frecuencia a Gonzalo Chapela, Alfonso Junco y al sacerdote Gallegos Rocaful.

A principios de 1962, comenzó a leer la revista *Siempre*, que incluyó *La cultura en México*, un suplemento dirigido por Fernando Benítez. Ahí se concentraba el pensamiento moderno político y literario de México: Carlos Fuentes, Enrique González Pedrero, Víctor Flores Olea, Pablo González Casanova, entre otros. Pocos meses antes, los intelectuales habían abandonado del diario *Novedades*, el suplemento *México en la cultura*. Granados Chapa rememora que comenzó a leer la revista "porque los escritores eran maestros de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Yo antes suponía que la revista era propia de las peluquerías, pero cuando recibió al nuevo personal, adquirió, a mi juicio, una mayor categoría".

Ese mismo año, en la universidad tuvo como profesora a María del Carmen Ruiz Castañeda, a su juicio, en uno de los cursos más importantes de su carrera, el de la historia del periodismo. Maestra que fue directora de la Hemeroteca Nacional y del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, de quien, con gusto, habla Granados Chapa: "Era una mujer espléndida, dedicadísima a su trabajo, de las mejores conocedoras de la historia de la prensa. A mí me interesó la

historia de la prensa por la materia misma y por el modo como lo enseñaba la profesora. Uno de los modos de enseñarnos, consistía en pasar jornadas enteras en la hemeroteca leyendo la prensa del siglo XIX, estudiándola y analizándola muy en serio".

Allí, Miguel Ángel descubrió que en México había habido una importante prensa católica conservadora. Como entonces él era un profesante católico y después de confirmar que no existía un estudio sobre el tema, decidió hacer su tesis sobre la prensa católica en México, un estudio que la historiara y la analizara hasta nuestros días.

Sobre el proyecto de su tesis, habla Granados Chapa: "En mis investigaciones conocí a Horacio Guajardo, gerente del semanario *Señal*, entonces revista católica y nos hicimos amigos de conversar sobre eso. Le interesó además porque yo venía de una facultad roja como era Ciencias Políticas y de que pensara a media carrera en hacer una tesis sobre ese tema. Comencé a reunir material y completé un fichero enorme. Después abandoné la idea y dejé que se empolvaban las fichas. Si esa tesis hubiera prosperado, hubiera estado bien hecha".

Los sábados por la mañana, se iba a Pachuca y regresaba los domingos por la noche. Igualmente hacia lo mismo en vacaciones. En estos periodos se dedicaba a descansar, a leer y a pasear, "a recuperar la ciudad que estaba perdiendo", aclara. Durante los dos primeros años de su estancia en la universidad, se mantenía económicamente con el dinero que recibía de su familia, especialmente de su

madre. Mas en 1963, tuvo la necesidad de trabajar e ingresó al despacho jurídico donde trabajaba el primo de su compañero de vivienda, como ayudante de Agustín Ortiz Pinchetti. Granados Chapa, toma un poco de agua, se acaricia la barba y afirma: "Conocí a Ortiz Pinchetti por mi cercanía con su primo. Él era un joven abogado y en algún momento necesitó de un ayudante y me propuso que yo lo fuera. Trabajé con él alrededor de un año. No puedo decir que me formó como abogado porque yo no me dejé".

Tomando en cuenta que Miguel Ángel era un profesante católico, en 1964, comenzó a frecuentar a los dominicos de la parroquia universitaria, representada por el Centro Universitario Cultural (CUC). Estaba localizado a un lado de CU, en un edificio de Copilco, y allí vivió momentos muy gratos, porque, como lo explica Granados Chapa, "era un lugar agradable. Tenía una biblioteca bien surtida, una pequeña cafetería y a veces había proyecciones de películas. Ese fue un lugar de encuentro muy íntimo para mí". El sacerdote de la parroquia, Agustín de Sobrí, fue parte del experimento en donde el clero francés dejó a los sacerdotes que se ganaran la vida como mecánicos en la línea de producción de la Renault. Eso le permitió ponerse en contacto con personas que no eran sus fieles y a tener otra perspectiva de la vida, de los católicos en la vida pública. Ya reintegrado al sacerdocio, predicaba sus experiencias en el CUC.

Vinculado Miguel Ángel con los católicos de la universidad, tuvo ciertas dificultades con una agrupación

conocida como el MURO (Movimiento Universitario de Renovadora Orientación), católicos de extrema derecha, que veían mal a los del CUC porque pensaban que estaban infiltrados por el comunismo. "En ese entonces -señala el periodista-, el comunismo era un fantasma. El MURO y una gran corriente de católicos de derecha, con tendencias fascistas, creían que el mundo estaba regido por una conspiración judeomasónica-comunista y que inventaban todos los males que ocurren en la humanidad para causarle daño. Nosotros diferimos siempre de esa opinión. Sabíamos que hasta criminales eran. Yo combatí, incluso, más rudamente a los católicos fascistas que a los marxistas".

Por el contrario, el CUC mantuvo mejor relación con los grupos marxistas de la FCPyS. Al respecto, sentencia Granados Chapa: "Por aquella época, se formó una especie de republiquita en la facultad y los partidos políticos contendían por la representación estudiantil. El Partido Estudiantil Socialista era abrumadoramente mayoritario, 80 ó 90% de la población escolar y maestros eran marxistas. Pero como el catolicismo que yo practicaba era progresista, nos aproximaba más con los marxistas que con los católicos de derecha. Con los primeros había un clima de civilidad tal, que teníamos muy buena relación y hablábamos y discutíamos sobre temas de interés".

Desde su posición de católico de izquierda, tuvo siempre una opinión negativa del entonces presidente de la república, Adolfo López Mateos. Sin saco ni corbata, con la camisa a medio abotonar, Granados Chapa, afirma: "López

Mateos fue represor del movimiento de sindicatos de profesores y ferrocarrileros; encarceló a Campa y a Siqueiros y mandó asesinar a Rubén Jaramillo, un dirigente campesino. Esos hechos repercutían ampliamente en la facultad, de modo que, siendo importante en sí mismos, adquirirían una mayor resonancia por tratarse de una facultad especialmente sensible a este tipo de acciones".

En ese 1964, Horacio Guajardo -entonces militante cristiano y panista- a quien seguía frecuentando, lo invitó a fundar un Partido Demócrata Cristiano, que era claramente la izquierda cristiana, como a continuación, lo explica Granados Chapa: "Alimentada por la prédica de los dominicos, yo tenía la necesidad de hacer política en un ambiente católico. En aquellos años la democracia cristiana parecía una opción alternativa del marxismo, se suponía que era capaz de establecer el socialismo con rostro humano, la revolución en libertad, se decía. Había expectativas muy claras en Centro y Sudamérica de que esa opción del catolicismo de izquierda prosperara, y varios grupos de obreros y estudiantes nos reunimos para formar el Partido Demócrata Cristiano, pero no progresó".

Los años de gloria como estudiante de la FCPYS de Miguel Ángel Granados Chapa, llegaron a su ocaso ese mismo año. Había terminado también, y de igual manera con altas calificaciones, la carrera de derecho. Contaba con 22 años y tenía sus ideales políticos bien definidos. Estaba listo, como se dice, para desenvolverse en el campo profesional del periodismo.

CAPÍTULO II

DEL SUELO AL CIELO: A VOLAR SOBRE LA PLUMA

Miguel Ángel Granados Chapa casi siempre se muestra serio en las entrevistas. Sus respuestas normalmente van acompañadas de un movimiento de manos o de la pose que lo caracteriza: el brazo derecho en el descanso de la silla con la cabeza recargada en la mano, de modo que el dedo índice le presiona la piel contra la varilla derecha de los anteojos, el pulgar a la altura de la barbilla, el medio debajo de la nariz y el anular y meñique tapándole parte de la boca. Mientras se le pregunta, él toma agua, en ocasiones queda en el intento, se apresura a contestar y el vaso ya no llega a la boca, queda suspendido en el aire, moviéndose de aquí para allá. Quien lo carga, acalorado entró a la respuesta y se ha olvidado de dejarlo sobre la mesa.

2.1. LOS BUENOS DÍAS CON MANUEL BUENDÍA

Miguel Ángel Granados Chapa conoció a Manuel Buendía en un punto situado a 50 metros de donde años después cayera asesinado.

Manuel Buendía y Horacio Guajardo se habían conocido casi 20 años atrás en el PAN y en *La Nación*. Guajardo era entonces jefe de información de esa revista semanal cuando Buendía se incorporó en 1948 a hacer sus primeras armas como reportero. Al paso del tiempo, Buendía se fue del semanario y del PAN, pero conservó algunas sólidas amistades de aquella época, entre ellas, la de Guajardo. A principios de los cincuenta, Buendía ingresó como reportero policiaco y político al periódico *La Prensa*, y a fines de la década, por méritos propios, era ya director. En 1963, el entonces gerente general del diario, Mario Santaella -acostumbrado a impulsar personas hasta su culminación y después destrozarlos para seguir conservando el poder-, temiendo a la fuerza que tomaba Buendía, lo corrió del rotativo.

Desempleado, ocho meses después se aprestaba a fundar un semanario. A principios de 1964, pidió ayuda a Guajardo -quien entonces ya daba clases en la escuela de periodismo Carlos Septién García- para reclutar a dos aprendices de reportero. Guajardo, en vez de presentarle a alumnos suyos, prefirió llevar a sus amigos Miguel Ángel Granados Chapa y Ernesto Ortiz Paniagua. Así es como a fines de marzo, Granados Chapa fue conducido por Guajardo hasta Buendía, a la cafetería "Siete y medio", en la calle de Hamburgo y Havre.

Sobre su primer encuentro con Buendía, habla el columnista Granados Chapa: "Vi a don Manuel, aquella tarde, adusto y seco, con la severidad en el rostro que sin embargo se aclaraba con frecuencia con una sonrisa que sucedía a uno

de sus muchos rasgos de humor. Con ironía respetuosa, expresó sus dudas sobre si en la universidad enseñaban de verdad a ser periodista". Para comprobarlo, pidió a Granados Chapa hiciera un reportaje sobre Ezequiel Padilla, que entonces resucitaba como candidato priista a senador, luego de su lejana y fallida aventura en pos de la presidencia.

Al cabo del tiempo convenido, entregó diez cuartillas de trabajo. Sobre la reacción de Buendía, Granados Chapa, rememora: "Al leerlas, lápiz en mano que bajó con frecuencia hasta las líneas donde se retrataba al *Narciso Negro*, fue haciendo comentarios y al final, en el primero de los muchos gestos estimulantes que recibí de él, rindió un dictamen favorable. Semanas más tarde, previo aviso, utilizaría ese material en uno de sus *Conciertos políticos*, la columna que con el seudónimo de D.I. Ógenes escribió durante un año en *Crucero*, como se llamó el semanario fundado por él en mayo de 1964".

Como jefe, las órdenes de trabajo de Buendía debían cumplirse como si trabajaran en un diario, y no en un periódico de aparición semanal. Miguel Ángel debía llamarlo temprano cada día, y rendir una parte de su tarea al cabo de la jornada. Al respecto, el periodista, sentencia: "Era preciso, para ello, contar siempre a la mano con monedas de veinte centavos y conocer la geografía de los teléfonos públicos. La agenda era imprescindible, y el directorio telefónico también. Un reportero es, en mucho, sus relaciones, predicaba Buendía. Había que verificar, y cruzar la información al máximo rigor".

"En la escritura -recuerda el columnista- era un corrector que se diría sañudo si no lo intuyera uno animado por la buena fe. 'Voy a quitarle los guiones a su máquina, amenazaba, para ver qué diablos escribe', aludiendo con ello a un defecto de mi estilo, consistente en abrir paréntesis explicativos. 'No sea rebuscado, prescribía también. ¿Por qué pone usted un centenar de personas en vez de cien personas?'".

Crucero estaba concebido como una versión mexicanizada de *Le Canard Enchaîné*, un periódico francés. Constantemente descansaba en cabezas destacadas y llamativas, y en dibujos y fotos ampliamente desplegados. Del diseño se encargaba el propio Buendía. En alguna ausencia de Mario Santoscoy, que era jefe de redacción del semanario, Buendía hizo participar a Miguel Ángel en la confección de las páginas, en la titulación y en la elección de las ilustraciones. Posteriormente, ya no sólo trabajó como reportero, sino como encargado de hacer trabajos de edición, formar planas y valorar la información.

Poco tiempo después de iniciado el semanario, vino el jueves de Corpus. Algunos amigos de Buendía lo invitaron a comer en un restorán en Puente de Vigas. Eran, casi todos, periodistas, agentes y jefes policiacos. Granados Chapa evoca que "empezó a beberse mucho. A don Manuel debió conmovérlo mi ingenuidad y a pesar de mi propio entusiasmo por participar en la fiesta, a la que se adivinaban continuaciones promisorias, dispuso con gesto paterno que yo me marchara, para preservar mi virtud".

Según el comunicador, Buendía nunca fue indiferente a la entrega de cada material. Elogiaba, hacía reproches, señalaba faltantes, sugería complementos, corregía. Y se irritaba también. "Me encargó entrevistar a un funcionario -dice Granados Chapa- que supongo era amigo suyo, porque contra las reglas del oficio, me pidió mostrar al entrevistado el texto que resultara de nuestra conversación sobre su trabajo en la construcción de escuelas públicas. 'No traiga la entrevista si no la ha revisado el funcionario', determinó don Manuel. En la fecha convencida, fui a la oficina del caso a recoger el material. Pero volví sin él al semanario, porque el entrevistado salió de la ciudad sin ocuparse de revisar el texto como había ofrecido. A lo imposible nadie está obligado, pensé recordando mis lecciones de derecho y alzando los hombros".

Conforme a su costumbre, al atardecer de cada jueves, día en que se cerraba la edición, Buendía convocó a Miguel Ángel en su oficina. Continúa narrando el columnista: "Sin levantar la vista de un texto, apenas con un gruñido y un ademán pidió la entrevista. No la traigo, dije, y antes de que iniciara la explicación, don Manuel soltó los papeles que leía, golpeó con las dos manos la cubierta de cristal de su escritorio, tomó de ello impulso para ponerse de pie y gritar: '¡Yo no puedo salir el domingo con un espacio en blanco bajo una cabeza que diga: Aquí debió aparecer el material que Granados no trajo!'. Más asustado que digno, golpeé también el escritorio, me puse asimismo de pie y le recordé, quizá también en voz más alta de lo usual, su

instrucción de no venir con la entrevista si no estaba revisada. Y como el funcionario se había marchado sin atenderme... 'Tiene usted razón', admitió. Y tras el rápido estallido, volvió a tomar asiento y reanudó la lectura de las cuartillas pendientes. Apenas gruñó de nuevo cuando, después de un momento de silencio embarazoso, pregunté si podía retirarme".

A la hora de la salida, Buendía se asomó a la redacción y preguntó a Miguel Ángel si tenía algo que hacer y lo invitó a tomar una copa. Fue la primera de muchas que juntos beberían en los siguientes 20 años. Ese fue su modo de pedir disculpas por el arrebató de horas antes.

Una noche de marzo de 1965, Miguel Ángel llamó a Buendía para anunciarle que tenía una exclusiva: la información sobre la golpiza que acababa de propinarle gente del MURO. Desde agosto anterior, los dos periodistas se habían interesado en averiguar sobre las agrupaciones secretas que, escondidas tras organismos de fachada como aquél, constituían gérmenes de un fascismo con cara religiosa contra la cual Buendía lucharía toda su vida. Bajo sus órdenes y siempre de acuerdo con él, Miguel Ángel investigó, reportó y escribió varios reportajes sobre la materia. Dieron a conocer en *Crucero* documentos valiosos acerca de la manera criminal de actuar de estas agrupaciones, y sobre la actitud oficial, de condena, que frente a ellas había asumido la autoridad eclesiástica.

Un tanto exaltado, Granados Chapa, recuerda: "Yo sabía que la publicación de los reportajes iba a causarme

eventualmente algún problema. Esa noche me secuestraron en Ciudad Universitaria, entonces también era ayudante de profesor, y me llevaron a los cerros de Contreras donde me amarraron a un árbol y me dieron una cinturón. Como no tocaron mi dinero, con eso pude llegar a San Ángel y telefoneé a Buendía. Él estaba ya en su casa y se trasladó a la mía para ocuparse de mi salud. Al día siguiente solicitó una investigación y consiguió que su amigo Fernando Merino fuera puesto a cargo de las pesquisas... que no condujeron a nada porque había el riesgo de que condujeran a mucho".

En junio de ese 1965, falleció don Dionisio Granados, padre de Miguel Ángel. Habían tenido una mala relación y de tiempo atrás no se veían por el hecho de que Miguel Ángel se trasladó a vivir a la ciudad de México. Descansando un domingo en Pachuca, avisaron a él y su familia que su padre había muerto. Con desagrado, afirma Granados Chapa: "Mi primera reacción fue de disgusto porque avisaron el domingo temprano y yo acostumbraba dormir hasta tarde. Quizá me hubiera dado otra sensación si se hubiera muerto a hora decente, pero lo que me incomodó fue que se muriera a deshoras".

Entonces Miguel Ángel ya no trabajaba en *Crucero*, de donde Buendía estaba yéndose también, pero seguían frecuentándose. Después de ir al sepelio, el lunes se entrevistó con Buendía, con quien casualmente se había citado ese día. Sobre el encuentro, recuerda Granados Chapa: "Yo estaba apesumbrado por no tener pesadumbre ante la muerte de mi padre. Le conté que estaba muy desagrado"

conmigo mismo por mi mezquindad, porque no había tenido la mínima sensación de dolor. Era la época en que uno podía comer y beber en el Rívoli. De modo que allí nos reunimos don Manuel y yo. Hablamos entre las tres de la tarde y las siete de la noche en el restorán, y de allí nos fuimos a caminar, durante las dos horas siguientes, sobre el Paseo de la Reforma, en un largo proyecto que nos llevó varias veces de Insurgentes a la entrada de Chapultepec. Con sabiduría y generosidad me ayudó a entender la deficiente relación que tuvimos mi padre y yo, y fue factor importante en el proceso de recuperación de la figura paterna que fui consiguiendo al comprender los móviles y el contexto de don Dionisio Granados".

A mediados de 1965, Buendía se retiró de la dirección de *Crucero*. El ocho de agosto, en la página tres del número 66, apareció la siguiente nota:

"El personal de *Crucero*, sus colaboradores y sus amigos, desean agradecer de una manera especialmente cordial los esfuerzos, sacrificios y entusiasmo que en la creación y desarrollo de esta publicación pusieran sus fundadores, don Manuel Buendía Tellezgirón y don Manuel Zárate, director y gerente, respectivamente, que obligados por ocupaciones más urgentes se ven forzados a dejar en manos de otras personas estas funciones. Al despedirlos cariñosamente, tenemos la confianza de seguir teniendo en ellos inapreciables consejeros para la marcha ascendente de *Crucero*".

Seis meses después, el semanario cerró.

Granados Chapa describe a Manuel Buendía: "Siempre me

cayó bien porque era divertidamente agresivo. Era una persona que provocaba cierta repulsión porque era feo, tenía un rostro descompuesto, muy pomuludo. Sufría un padecimiento visual, era un poco visco y tenía fotofobia, la luz lo lastimaba, le producía migraña, entonces usaba unos anteojos oscuros que le ensombrecían la cara, y podía parecer malo, osco. Eso contrastaba porque se vestía elegantemente. Se mandaba a hacer las camisas, tenía trajes muy bien cortados, usaba siempre mancuernillas y a veces usaba corbata de moño. El bigote parecía que se lo recortaba con regla. En *Crucero*, dio permanente lección de periodismo y de hombría de bien".

"No escriba nunca nada que no pueda decir al involucrado en una conversación cara a cara", fue la máxima lección periodística que de Buendía heredó Miguel Ángel.

Aunque terminó el ciclo de *Crucero*, no se terminó la amistad entre los columnistas. Años después, junto a otros periodistas, se encargarían de balconear a aquel funcionario que se atrevía a aceptar una invitación a comer del famoso grupo Ateneo de Agangueo. También, juntos recorrerían Cuba y se entrevistarían con Fidel Castro. De igual manera, juntos permanecerían hasta el día en que la impunidad y corrupción del gobierno mexicano terminarían con los "buenos días" de Manuel Buendía.